

Quiroga Puertas, Alberto & Jiménez-Higueras, Ángeles (coords.), *En busca del tiempo y el espacio: ucronías y utopías desde la Antigüedad a la actualidad* (Coimbra: Imprensa da Universidade da Coimbra, 2024). 208pp. ISBN: 978-989-26-2628-4

No sé si responde a una moda historiográfica pasajera o si por el contrario se trata de un síntoma más de estos tiempos cambiantes, acelerados, de profundas transformaciones cuyo alcance aún somos incapaces de atisbar. Pero lo cierto es que están proliferando los libros, monografías u obras colectivas, que llevan más allá de lo divulgativo los contrafactuales, esto es, la pregunta de ¿qué hubiera pasado sí...? Porque, como subraya Alberto Quiroga Puertas en la 'Introducción' a este volumen, el gusto por los «hechos alternativos» ya estaba en los clásicos, quienes se tomaban la libertad de recomendar a los escritores que introdujeran en sus textos algunas ucronías, literalmente, 'fuera del tiempo', para mostrar lo que pudo haber sido, pero jamás fue (p. 10), proponiendo un juego que quizás nos recuerde más a la ciencia-ficción o Historia-ficción, si se prefiere. Sin embargo, las diversas propuestas que se recogen en este libro animan a explorar esta dimensión alternativa del tiempo y el espacio; a buscar el envés de la página escrita en el tiempo.

El volumen coordinado por Quiroga Puertas, profesor de Filología Clásica en la Universidad de Granada y buen conocedor de la literatura griega de los siglos I-IV d. C., y por Ángeles Jiménez-Higueras, egiptóloga y profesora de Arqueología también en la Universidad de Granada, reúne algunas de las contribuciones que se presentaron en el Seminario *Repensar el tiempo: ucronías y utopías desde la Antigüedad hasta la actualidad*, que se celebró en la Facultad de Filosofía y Letras de la institución granadina el 7 de octubre de 2022. No deja de ser llamativo que aparezcan en el título de ambas propuestas dos términos, los de 'ucronía' y 'utopías', que invitan a repensarnos desde las posibilidades alternativas espacio-temporales justo cuando parece que no existen otros mundos, otros sistemas regidos por maneras diferentes de organizarnos.

El volumen está dividido en dos bloques temáticos. El primero de ellos lleva por título «El tiempo: un constructo humano flexible» (pp. 15-109) y comprende seis trabajos cuyo *leitmotiv* es la Antigüedad clásica, a través de los cuales vemos las distintas concepciones del tiempo y los contrafactuales que ya ofrecen las fuentes clásicas. El segundo bloque también contiene seis estudios, pero en este caso nos acercan a la actualidad, a los diversos medios a través de los cuales se han construido las modernas ucronías: «Variables discursivas del pensamiento contrafactual: el cine, la literatura, las narrativas transmedia» (pp. 111-208).

El primer capítulo de *En busca del tiempo y el espacio...* se ocupa de uno de los relatos considerados fundacionales de eso que llamamos «la cultura occidental», la guerra de Troya cuya primera versión escrita conservada se atribuye a Homero, personaje que se ha prestado a reinterpretaciones de lo más variopintas, como la que propuso Robert Graves. Maria de Fátima Silva se pregunta «E se a Guerra de Troia não tivesse tido lugar?...» (pp. 17-33). Porque lo que nos ha

llegado es una versión mítica en la que los dioses se inmiscuyen en la acción, de eso va la *Ilíada*, pero es la más difundida a lo largo del tiempo, sirviendo de materia para ciclos épicos y dramáticos. La guerra entre griegos y troyanos ha sido el modelo a través del cual hemos contado conflictos similares en los que un pueblo es invadido por otro; en el que los invasores acaban imponiéndose por la fuerza de las armas y una traición. Como nos recuerda la autora, la Guerra de Troya es leída en clave del enfrentamiento entre Oriente y Occidente, el primer capítulo de un pretendido choque de civilizaciones en el que ya sabemos quién se impuso. Pero lo más interesante de este capítulo está en la atención que presta a las propias alternativas que desarrollaron los propios clásicos sobre la materia troyana, destacando Eurípides algunas de cuyas tragedias están protagonizadas por las mujeres, empezando por su *Helena*, que podríamos considerar la primera ucronía sobre la base del mito troyano.

Llama la atención sobre cómo los personajes de la *Ilíada* se preguntan acerca de su papel en los hechos, abriendo la puerta a especular con qué hubiera pasado si en lugar de haber actuado como lo hicieron, se hubieran conducido de otra manera. También subraya el papel de los dioses forzando a hombres y mujeres a actuar según sus designios, que de otra manera quizás habría seguido su propia voluntad. Hay que tener en cuenta que la mayoría de los desarrollos del mito de la Guerra de Troya tuvieron lugar en ese momento convulso de la Historia de Grecia comprendido entre las Guerras Médicas y la Guerra del Peloponeso. Creo que, como señala la profesora Silva, nada se entiende sin ese contexto en el que se demandaba una realidad alternativa en el que se hubiera evitado el conflicto armado y sus consecuencias. La ucronía, por tanto, ejerce un efecto balsámico para las sociedades que la reciben creando un pasado alternativo para un futuro que también se pretende alternativo.

El segundo capítulo lo firma Nuno Simões Rodrigues y juega con «O mito dos Centauros como ucronía» (pp. 35-54), ocupándose de la Centauromaquia, la lucha entre estos seres híbridos, hombre-caballo, y los humanos, que no es más que la oposición entre la Naturaleza más salvaje representada por lo imposible y la civilización que en este caso encarnarían Heracles o el ateniense Teseo. Este *topos* fue ampliamente desarrollado por la literatura griega, en la que hallamos numerosas referencias a los centauros, pero será sobre todo Ovidio en las *Metamorfosis* donde este mito encuentre su mayor desarrollo. En su trabajo, Rodrigues indica cómo los mismos autores clásicos grecorromanos ponían en duda la veracidad del mito, lo que lo lleva a buscar sus interpretaciones en la realidad política del siglo V a. C., con Atenas y Olimpia como ejes centrales.

La lucha entre los Lapitas y los Centauros se veía como un antecedente de los Juegos Olímpicos. El autor señala la decoración del templo de Zeus Olímpico como argumento. Según las descripciones que se han conservado, la lucha entre Lapitas y Centauros, compartía espacio con la representación de la competición entre Pélope y Enomao, una carrera de caballos. El nexos, indica Rodrigues sería el personaje de Hipodamia en cuyo nombre leemos la voz *hippo* > 'caballo'. Es una hipótesis muy sugerente para explicar el porqué ambas escenas compartían un mismo espacio; una interesante ucronía. Pero las combinaciones extrañas de la Centauromaquia no quedan reducidas al santuario

olímpico, sino que se trasladan al *heroon* a Teseo de Atenas, donde su representación dialoga con la batalla de Maratón, clave en la victoria griega sobre los persas en la Primera Guerra Médica. Y aquí no cabe lugar para la improvisación: el programa iconográfico que se exhibe en este espacio estaba muy cuidado y estrechamente vinculado con los momentos clave para la historia de la *polis*. Fue en el contexto postbélico cuando el mito de los Centauros se dotó de una alternativa en la cual los seres míticos encarnan por su actitud soberbia a los persas que han tratado de invadir Grecia. Y esto le sirve a Rodrigues para enlazar con ese otro relato en el que se oponen barbarie y civilización, el de las Amazonas, ellas también representantes del caos y el salvajismo.

Esto sirve para enlazar con el siguiente estudio, «La utopía de un mundo sin mujeres, ¿misoginia o tanatofobia?» de Marta González González (pp. 55-68), en el que se fija en el desprecio con el que se dibuja a las mujeres en la literatura griega, como observa en los mitos que ya recogiera Hesíodo en el siglo VIII a. C. en las dos obras suyas que se han conservado. El epítome del mal femenino lo encarna como pocas Pandora —el otro caso de ‘mala mujer’ sería Helena— y no son pocos los personajes masculinos que claman por la posibilidad de que los hombres pudieran engendrar sin la necesidad de una partenaire. No deja de ser irónico, como muestra González, que sea un héroe tan poco espabilado como Jasón quien se queje de las mujeres cuando está preparando su boda... La ucronía del mundo sin mujeres con el que fantaseaban muchos de nuestros autores del canon clásico se topa con la realidad de la extinción de la especie humana. Para tratar de justificar su postura recurren a los mitos en los que Zeus es capaz de gestar en su cuerpo —Dioniso de su muslo tras haber fulminado a su madre; Atenea que nace de su cabeza—. Por otro lado, nos recuerda González los mitos de la autoctonía que tan presentes están en los relatos fundacionales de ciudades como Atenas: hombres —y sólo del sexo masculino— que nacen de la tierra sin necesidad de mujeres para justificar su exclusión de la esfera pública, del poder. Una vez más, la ucronía para legitimar un estado de cosas. En esta ocasión, la alternativa que se plantea sería el estado ideal para muchos.

Pero si hay una historia alternativa que ha seducido a más especialistas o simple aficionados al género contrafactual en la ciencia ficción es la del hipotético enfrentamiento entre Alejandro Magno y Roma. Qué hubiera pasado si el macedonio en lugar de morir joven, hubiera marchado hacia el Occidente para enfrentarse con la República. Es lo que plantea Marina Díaz Bourgeal («¿Qué hubiera pasado si Alejandro Magno Magno se hubiera enfrentado a Roma? Breve historia de una ucronía», pp. 69-83), que propone un repaso por las distintas versiones de esta historia alternativa. Pensamos que se tratará de un recorrido por obras recientes, pero la sorpresa nos la llevamos al comprobar que no es un subgénero moderno, sino que sus orígenes se remontan a Tito Livio, en cuya *Desde la fundación de Roma* se planteaba esta posibilidad. Como señala la autora, este contrafactual nace de la fascinación que ejercía la figura del joven conquistador macedonio sobre las élites romanas. Saca a colación el concepto de la *imitatio Alexandri*, que funcionaba tanto como modelo positivo —la admiración por cómo creó un extenso imperio— como negativo —advertencia hacia la ambición excesiva—.

Planea la sombra de una guerra entre Alejandro Magno y Cartago y Roma en su camino hacia el Lejano Oeste, pero de inmediato Tito Livio recuerda que el valor de los griegos, es decir, de los occidentales, habría degenerado mucho por su contacto con los persas, esto es, de los orientales. De nuevo, el contrafactual retorna al ya clásico enfrentamiento Occidente-civilización vs. Oriente-despotismo/salvajismo. Aparece la idea de la supremacía de Roma sobre la base de sus costumbres y pericia militar, capaz de vencer a unos enemigos sin una identidad tan marcada. Detrás de esto está la propaganda política que vende las bondades de la *pax Augusta* que es también una paz entre ciudadanos una vez pasadas las turbulencias de las guerras civiles y los enfrentamientos sociales. Lo que viene a recordarnos Marina Díaz es que en este caso la ucronía refuerza un *statu quo* social, respetuoso con las tradiciones y jerarquías, que hace a Roma grande otra vez.

Pero este libro no sólo se ocupa de ucronías y utopías, sino que también tienen cabida conceptos mucho más desconocidos como la ‘heterotopía’, acuñada por el filósofo M. Foucault y aplicada a los textos clásicos por Alberto Quiroga que lo emplea para analizar los discursos de Libanio en los que se ocupa de la villa antioquina de Dafne («Las ciudades (in)visibles: la villa de Dafne en Antioquía entendida como heterotopía», pp. 85-97). Comienza definiendo qué es eso de la ‘heterotopía’ y que tiene que ver con los discursos que se articulan sobre unos espacios entendidos como heterogéneos y en los que caben distintos niveles de lectura. Heterotopías serían los lugares habilitados para quienes están en los márgenes de la sociedad —cárceles, psiquiátricos...— como aquellos espacios que son resignificados. Dafne es uno de esos territorios entre la realidad y el mito a los que se puede aplicar este concepto, sobre todo por la transformación que supuso para este espacio la cristianización, ya que de ser un santuario ligado a los cultos apolíneos pasó a ser un centro de culto al mártir Babilas. No podemos desconectar esta ‘heterotopía’ con el intento que protagonizó el emperador Juliano —y no, no pienso llamarlo por su desafortunado apodo— de dar marcha atrás al reloj y retornar al pasado idílico del paganismo como si el cristianismo sólo hubiera sido un mal sueño para el Imperio.

El primer bloque de este libro lo cierra el estudio de Ángeles Jiménez-Higueras, «El tiempo encapsulado: la percepción del tiempo desde un punto de vista arqueológico» (pp. 99-109) y que me ha traído a la memoria las páginas en las que S. Gruzinski habla de las distintas capas temporales en una simple fotografía de unos chicos argelinos jugando al fútbol delante de unas ruinas romanas. Considero de gran interés el apunte que hace la autora acerca de que muchos de los objetos que se encuentran en las excavaciones son cápsulas del tiempo inintencionadas porque nadie pensó en dejar un legado para la posteridad. Nadie hizo una vasija pensando en los arqueólogos del futuro —como tampoco nadie escribió un texto preocupándose por los exégetas del futuro—. Y aquí viene lo que creo no debemos pasar por alto: el alto grado de malinterpretaciones que hacemos sobre el pasado, adjudicándoles funciones sobre la base de lo que vemos en nuestro presente. En este sentido, parte de lo que decimos que pasó bien puede considerarse una ‘ucronía probable’, porque el pasado se construye en función de una percepción armada sobre prejuicios acerca de las

sociedades objeto de estudio. Nos proyectamos sobre el pasado y sus manifestaciones.

El primer trabajo del segundo bloque lo firma Juan Varo Zafra quien analiza una película de Edgar Neville *La vida en un hilo* (1945) para plantear las realidades alternativas que se gestaron durante el franquismo (pp. 113-128). Gira este texto sobre los conceptos de ficción y realidad, de la relación entre ambos; sobre los grados de representatividad y mimetismo que se establecen entre ellas. La obra de Neville plantea una historia dentro de la historia para plantear qué hubiera pasado si la protagonista hubiera adoptado otras decisiones en su vida. A través de un montaje paralelo y valiéndose de recursos del género fantástico —una adivina del pasado no del todo sucedido— se hace una sátira de la sociedad española. Es acertada esa referencia al Callejón del Gato de Valle-Inclán, en cuyos espejos vemos deformada una versión del pasado, que no se convierte en una alternativa sino en un reflejo esperpéntico. Esto nos devuelve a la concepción primera de ucronías y utopías como sátira.

En el cine actual también hay ejemplos en los que se fantasea con pasados alternativos, como se ve en el caso de algunos de los últimos trabajos de Quentin Tarantino, de los que se ocupa Elios Mendieta («Ucronía y posverdad en el cine de Quentin Tarantino: la ficción como salvación», pp. 129-144). Nos pone ante la intencionalidad de quienes construyen este tipo de relatos, que van desde la propaganda o «desmemoria» —muy acertado este término, justo cuando hay un blanqueamiento de los pasados sucios— frente a quienes lo hacen siguiendo la máxima del arte por el arte para construir un homenaje positivo, como es el caso del cineasta estadounidense que sirve como excusa para este trabajo. Hay una Historia e Historiografía subjetivista (E. Traverso *dixit*) basada en lo emocional más que en los hechos o eso que podríamos llamar empírico, de ahí que se abra la posibilidad de pasados alternativos que pudieron ser verdad, aunque sólo funcionen como artefactos de ficción. A veces con el riesgo de caer en la banalidad de la mentira. A través de la posverdad y los hechos alternativos, desde la ucronía, siempre partiendo de una intencionalidad positiva, podemos lanzar una mirada crítica sobre el pasado, aunque planteemos improbables qué hubiera pasado si...

El tercer capítulo de este bloque corre a cargo de Isidro Molina Zorrilla y Vasileios Balaskas: «De Luciano a *For All Mankind*: la carrera espacial como contrafactual» (pp. 145-162). Proponen una mirada hacia el espacio que nos lleva desde la Antigüedad, a partir del relato del viaje a la Luna de Luciano de Samosata —autor que podría servir también como hilo conductor de buena parte de las contribuciones de este libro— hasta la competición EE. UU.-URSS por ver quién llegaba primero al satélite de la Tierra, pasando por el clásico de los viajes espaciales, *De la Tierra a la Luna*, de Julio Verne (1865). Ni el escritor sirio del siglo II d. C. ni el francés del XIX se plantearon en sus ficciones la posibilidad de una realidad alternativa. Sus motivaciones parten de la fascinación que sobre ellos ejerce lo desconocido, algo similar a los relatos sobre las profundidades del mar o la tierra, también presentes en la narrativa verniana. Esto cambia, virando hacia lo contrafactual, con la serie *For All Mankind* en la que sí hay una voluntad de explorar una realidad alternativa que permite a su autor para

reflexionas sobre cuestiones como el colonialismo y el racismo en un mundo en el que los soviéticos hubieran ganado la carrera espacial. Como señalan Molina y Balaskas, el contrafactual da pie a «repensar un escenario alternativo en la evolución de los derechos sociales».

Javier Campos Daroca en «Antigüedades imaginarias y mundos narrativos» (pp. 163-179) pone en el acento en el modo en el que se ha contado el pasado, especialmente el Imperio romano. Arranca con el ejemplo de Marco Aurelio a cuya figura hay distintas aproximaciones que van desde biografías académicas hasta cómics en los que se cuentan sus años de formación acerca de los cuales apenas sí hay información. El autor se centra en la novela histórica, que en cierto modo tiene que respetar la historicidad, no inventar pasados, y trae a colación el ejemplo de *Creación*, novela de Gore Vidal en la que hace un recorrido por los principales Estados de los siglos VI y V a. C. proponiendo una visión diferente de los acontecimientos en un ejercicio literario que nos acerca a la Historia total.

Cuestión diferente es la ‘alohistoria’ / ‘aloantigüedades’, en las que el componente de invención es mucho mayor hasta el punto de inventar una alternativa completamente distinta. En este caso, Campos se centra en un relato que parte de la posibilidad de que los persas hubieran ganado las Guerras Médicas y convertido Atenas en una satrapía. Son ficciones que se hacen alterando de forma quirúrgica algunos datos, pero sin entrar en cuestiones ideológicas. Como señala Campos, el autor de ese relato no entra en cuál habría sido la trascendencia de esa ‘alteración’, algo que sí sucede en *Tiempos de arroz y sal* de Kim Stanley Robinson (2003). La vuelta de tuerca viene cuando nos adentramos en el campo de ciencia-ficción y la fantasía, donde se permiten ejercicios de meta-historia -contrafactual como el que crea una novela sobre una novela sobre invasiones extraterrestres de Olímpicos.

En «*Stessa storia, stesso posto, stesso bar?* Historia y casi-historia en las novelas de Wu Ming» (pp. 181-193), Elia Otranto aborda uno de los colectivos literarios más misteriosos, pero que han dado a la imprenta obras de gran impacto. Nacieron como Luther Blisset, responsable de Q, en la que recorren la Europa de las guerras de religión tras las Reforma, pero es con el cambio de nombre, ya como Wu Ming cuando este grupo italiano aborda la historia contrafactual. Curiosamente, en Italia no es algo extraño este tipo de experimentos: ya hubo un colectivo de autores que fantaseó con que el zar no había muerto en un ejercicio de lo que Umberto Eco, siempre atento a este tipo de movimientos culturales, llamó ‘*Ur-fascism*’ que nos lleva a ese blanqueamiento de los pasados sucios al que aludí al hablar del texto sobre la posverdad histórica en Tarantino. Es llamativo que las propuestas de Wu Ming no buscan plantear unos hechos alternativos que hayan tenido influencia en el presente, sino sólo un artefacto literario en el que ofrecen una relectura de los acontecimientos con la que construyen una nueva épica contemporánea. Es como si los dioses que jugaban con los humanos en la *Ilíada* hubieran vuelto disfrazados de autores de historia-ficción.

El volumen lo cierra Nieves Rosendo Sánchez cuya contribución lleva por título «Ucronías transmediales: cruzando el espejo negro de lo real» (pp. 195-

208), con el que se culmina un viaje por las concepciones espaciotemporales llevándonos hasta nuestro presente. La imagen del ‘espejo negro’ para referirse a las pantallas que nos sirven como medio de comunicación es muy acertada, ya que la une con el espejo que lleva a la Alicia de Carroll a un mundo distinto del suyo. Traer a colación a McLuhan cuando se trata de abordar estas cuestiones siempre es necesario, el canadiense ya supo ver por dónde irían las sociedades occidentales con la extensión de los medios de comunicación de masas. Conceptos como ‘aldea global’ o los efectos de los esos medios de comunicación sobre las personas ya están en sus obras. Fue él el primero en atisbar que los dispositivos —en su época— electrónicos serían una extensión de nuestros cuerpos. Qué pensaría al ver los smartphones y demás artilugios; el uso que les damos. En inevitable no prestar atención a las *fakes news* y las teorías de la conspiración que se extienden de forma viral a través de múltiples canales, como las ucronías de nuestro tiempo.

Trabajos colectivos como este permiten no sólo evaluar cómo hemos representado el pasado, las formas en que hemos contado la Historia sobre lo que conocemos. Abren nuevas líneas de investigación o al menos marcan nuevos focos de atención como es la relación entre los discursos y los anhelos de cada época. Los contrafactuales no escapan de la necesidad de legitimar o impugnar el presente. Hoy más que nunca debemos ser conscientes de que la realidad no es la que percibimos sino la que contamos y cómo la contamos.

Carlos Martínez Carrasco  
UCO – C.E.B.N.Ch.